

## DESAFÍOS QUE AFRONTA LA UNIVERSIDAD EN NUESTROS DIAS

Dr. Ángel Luis Plastino

En la actualidad se destacan aspectos singulares de la problemática universitaria que conjugan: gravedad de las presentes circunstancias con gran solidez de las estructuras académicas disponibles. A fin de enmarcar las pertinentes consideraciones empecemos por señalar que no hay grandes países sin grandes Universidades. Desde hace siglos, las naciones se hacen importantes porque anteriormente tienen buenas Universidades. No hay desarrollo industrial sin estas instituciones, que le sirvan de sustento. Por ejemplo, Alemania era productor primario hasta 1840. Se produce entonces una gran Reforma Universitaria liderada por el eminente científico von Humboldt desde el Rectorado de la Universidad de Berlín. Se buscaba que esas Casas se transformasen en Centros Científicos para poder generar una transformación productiva teutónica. En pocos años, esto efectivamente sucedió y para 1880 Alemania estaba a la cabeza del Mundo Industrial.

Similar fue el caso de Japón. Éste vivía, hacia 1870, el equivalente de la edad media europea. En 1874 el Emperador crea allí la primera Universidad, en Tokio, con el objeto de traer la ciencia de occidente al país y promover el desarrollo industrial. Para 1890 Japón ya exportaba manufacturas. Otro ejemplo notable es el de los EEUU, después de la sangrienta Guerra Civil. A su término, el Congreso promovió un desarrollo Universitario extraordinario, con la "Land-Grant Act" (que regalaba vastas extensiones a las universidades), sin parangón en la historia humana. A partir de tal instancia comienza a generarse el liderazgo industrial de EEUU. Este tipo de situación se repite históricamente una y otra vez. No hay desarrollo si antes no existen Universidades Generadoras de Conocimientos. Por ello en el llamado primer Mundo se cuida, estimula y protege muy especialmente a las Casas de Altos Estudios, palanca crítica para la promoción del desarrollo económico. Se considera en todas partes que estas instituciones tienen hoy, como principales (pero no únicas) responsabilidades, las siguientes:

1. Producción de conocimiento, fundamentalmente por medio de la investigación científica.
2. Transmisión de ese conocimiento mediante la educación y formación continuas.
3. Su difusión a través de variados procedimientos, especialmente los informático-comunicacionales.
4. Su explotación inicial, vía innovación tecnológica, en parques universitarios de innovación, incubadoras de impresas, convenios con organizaciones productivas, etc.



5. Ayudar al sector productivo a "digerir" y "asimilar" nuevos conocimientos y tecnologías producidos en otras regiones del mundo.
6. Proporcionar a la nación el mayor número posible de recursos humanos bien formados.

Los primeros cinco ítems son exitosa y satisfactoriamente afrontados por algunas Universidades del país, y en especial por la UNLP. Debemos pues rescatar el hecho de que varias de nuestras Casas de Altos Estudios hayan emprendido en Argentina, desde 1986, un proceso admirable de transformación que las coloca en el camino de von Humboldt. La UNLP ha liderado tal proceso desde el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN). Al menos una docena de sus integrantes exhiben hoy niveles encomiables de generación de conocimientos científicos, industriales, artísticos, humanísticos, etc. En particular, la UNLP y la UBA han alcanzado en estos rubros calidades y cantidades de muy respetable nivel, aún en el marco internacional.

Encabezan por lejos los "rankings" de Argentina en tales temas. De hecho, constituyen ya una base sólida como para que se pudiese proyectar un camino de desarrollo notable. "Cantidades y calidades" han mejorado en forma constante y consistente a lo largo de los últimos 20 años. Y el proceso continúa sin desánimos, fatigas ni retrocesos. Casi todo es mejor hoy que antes en la UNLP. En ningún momento de sus gloriosos ciento y pico de años hemos tenido en la casa de J. V. González el altísimo nivel intelectual, científico, artístico, tecnológico, etc., que detentamos en la actualidad. La UNLP ostenta capacidades y recursos con los que en 1983 sólo podíamos soñar. Desarrollamos múltiples actividades importantes en casi todo el territorio nacional, desde Tierra del Fuego hasta Misiones. Nuestros Laboratorios y Gabinetes son un hervidero de ideas, desarrollos y producción.

Sin embargo, pese a estas optimistas consideraciones, no todo es rosa en el panorama universitario. Enfrentamos riesgosos desafíos de los que es imperativo estar conscientes para afrontarlos. Vamos pues a analizar ahora el mayor escollo que tenemos por delante, relacionado con el sexto ítem del listado precedente. Notemos ante todo que un cambio de paradigma laboral por innovaciones tecnológicas como el que caracteriza a nuestra actual sociedad post-industrial es siempre acompañado por un gran aumento en las exigencias educativas que deben afrontar los trabajadores. La condición de "analfabeto", desde hace siglos, implica marginalidad, de la que no hay forma de salir sin, valga la redundancia, "alfabetización". Las implicancias de este vocablo, empero, cambian con el tiempo. Hoy se trata de mucho más que leer y escribir dado que la tecnología que se usa en los ámbitos laborales ha avanzado tremendamente en los últimos lustros, como consecuencia del avance científico espectacular del pasado cuarto de siglo. Ello ha acarreado un drástico cambio en nuestras vidas, y no nos resignaríamos ya a vivir sin computadoras, internet, celulares, tomografías, TV por cable, etc. El concomitante avance técnico se refleja directamente sobre las exigencias educativas requeridas para evitar la marginalidad. Notemos pues en qué terrible encrucijada se encuentra el país. Por un lado, el nivel de instrucción que demanda el mercado es hoy muchísimo mayor que el prevaleciente en, digamos, 1960. Pero, por otra parte, nuestro sistema educativo preuniversitario ha empeorado sensiblemente desde esas fechas y su estado actual es calamitoso. Las máximas responsabilidades educativas recaen entonces en la Universidad, pues el resto del sistema no responde a las necesidades sociales. Por ende, a partir de la globalización la importancia de las Casas de Altos Estudios es mucho mayor que en la era industrial que finalizó hacia fines de la década de los 80. No sólo éstas son reservorios del Conocimiento y fuente del mismo, sino que catalizan en forma exclusiva el crecimiento y desarrollo sostenible genuinos. En este sentido, el ejemplo de la India, nuevo gigante industrial, combinando excelencia con masividad, es aleccionador. Más significativo aún es el hecho de que sólo las Universidades poseen en nuestros días los conocimientos especializados necesarios como para estar en condiciones de proponer e implementar las reformas que el resto del sistema educativo desesperadamente requiere.

Insistamos entonces en que el último punto del listado de responsabilidades universitarias es de fundamental importancia. En tal sentido se da en la Argentina actual una muy penosa situación que

podríamos llamar de "masa crítica", que conlleva un "cuello de botella" para el crecimiento, con grave incidencia en el futuro desenvolvimiento del país. A fin de ponerlo de manifiesto claramente consideremos un dato básico para cualquier país, el del porcentaje nacional de adultos (entre 25 y 64 años) que han obtenido un grado universitario. Podemos mencionar (datos de Newsweek, septiembre del 2010) que es de 53% para Rusia, 43% para Japón, 41% para EEUU y 25% para la Unión Europea. Según datos de SECYT del 2007, aquí la cifra no alcanza el 10%. Argentina tiene muy pocos graduados universitarios, que no bastan para proyectar un desarrollo sustentable. Nuestro porvenir es oscuro si esto no cambia. Hoy no se alcanza a reponer plenamente a los ingenieros que se jubilan, y producimos sólo uno de cada 5 informáticos que el mercado demanda.

Para ennegrecer aún más el panorama, alrededor de un magro 7% de la población laboral activa acredita un título universitario, cifra dramáticamente baja. Un 15% sería una proporción a alcanzar cuanto antes. Empeorando más las cosas, la población estudiantil universitaria global en Argentina alcanza sólo a un 4% de la población total del país, otra vez una cantidad lamentablemente pequeña. Según datos oficiales del 2008, el número total de estudiantes universitarios orillaba el millón seiscientos mil, para unos 40 millones de habitantes. De este escaso número, la expectativa es que únicamente uno de cada cinco habrá de graduarse.

Esta mala situación se agrava porque se retrasa demasiado la edad de egreso universitario, hasta los 30 años (o más), por varios factores. Uno a mencionar es que las carreras tienen una duración de 6 a 8 años, mientras que en los países de la Unión Europea y EEUU es, para una primera titulación, de cuatro (Acuerdos de Bologna), y en Gran Bretaña, la India, Oceanía y Sudáfrica, de tres. Nuestras carreras son, en comparación, demasiado largas, lo que, sin exagerar, ha de afectar sensiblemente nuestra viabilidad como país organizado, según trataremos de argumentar en adelante.

La edad a la que se obtiene el primer grado universitario no debiera superar los 25 años. (en EEUU la edad habitual es de 22). ¿Por qué? Hay razones psicofísicas (que no tengo espacio para desarrollar), por una parte, y, además, porque una formación de postgrado adecuada es casi obligatoria hoy para poder competir en el mundo globalizado. Quien se recibe a los 31 años, digamos, entraría entonces en plenitud al escenario productivo (o sea, con un buen Postgrado) recién a los 34. Pierde así el individuo y mucho más

la Nación. Si las tendencias que estoy describiendo no cambian, la Argentina se tornará en un país inviable, aún como mero productor primario. Este tipo de producción está hoy tan tecnificada que no puede sostenerse sin abundante mano de obra altamente calificada. Los primeros signos están ya a la vista. Se sostiene que un 15% de los puestos de trabajo aquí disponibles no se puede cubrir por no haber suficientes recursos humanos adecuadamente formados.

El bajo número de estudiantes universitarios obedece a razones económicas, por una parte, pero también al citado descalabro de la educación secundaria. Nótese también que el número y monto de becas universitarias estudiantiles es en Argentina simplemente risible, desde la perspectiva del mundo desarrollado. Pero, si milagrosamente tal número se multiplicase por 100 y el monto por dos (para manejarlos con cantidades sensatas), nos encontraríamos con que las becas quedarían mayormente vacantes por falta de jóvenes suficientemente calificados. Hay Casas de Altos Estudios en Argentina que se ven obligadas a implementar programas de lecto-escritura para sus alumnos ingresantes. En otras se ha detectado que muchos de ellos no memorizan el alfabeto. La lista de horrores puede prolongarse indefinidamente. Esta es la dimensión de nuestro desastre educativo. Vale pues repetir que la supervivencia de Argentina en el mediano plazo se torna cuestionable por carecer de números suficientes de graduados universitarios con niveles razonables de excelencia. Hemos visto últimamente desaparecer del planeta, por otros motivos, a la URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia, etc. No hay garantías en este sentido. Los países no sobreviven indefinidamente. La nuestra es una nación en peligro. Algunas propuestas de acción que aliviarían mucho la situación, y tal vez la revertirían, pueden proponerse. Adelanto aquí tres de ellas, que estimo merecerían discusión y debate:

- 1) Las carreras universitarias debieran otorgar su primera titulación habilitante de grado en cuatro años, por ley, como en Europa.
- 2) Iniciaríamos un estadio pre-universitario educativo a los 15 años en gran número de los establecimientos secundarios, bajo el control y supervisión académicos de la Universidad más cercana a cada colegio o escuela. La evaluación periódica externa del proceso estaría a cargo de otra Universidad. Muchos de los recurrentes problemas del Ingreso a la Universidad se solucionarían así automáticamente, y se estarían ganando tres años críticos de la vida para la formación intelectual sofisticada que el mundo de hoy demanda.
- 3) No existirían ya programas de ingreso en las Casas

de Altos Estudios. El Estado Federal instituiría una certificación de calidad del egreso secundario que habilitaría el ingreso a la Universidad, por medio de una serie de pruebas universales, como sucede por ejemplo en Chile y en EEUU. Así, cuantiosos fondos de nuestros escasos recursos, destinados a tratar de hacer en la Universidad lo que corresponde al nivel secundario, tendrían destino más apropiado.

Con tales medidas se adelantaría la búsqueda de verdaderas vocaciones a edad temprana y disminuirían las deserciones universitarias tan frecuentes. Los jóvenes añadirían tres años a su preparación intelectual y alcanzarían sin esfuerzo desmedido niveles aceptables de formación. No pretendo que estas propuestas sean las únicas posibles, ni siquiera las mejores. De lo que estoy seguro es que algo hay que hacer urgentemente en referencia al tránsito entre la educación secundaria y la terciaria. Cabe en esto responsabilidad a nuestro Congreso Nacional. Obviamente, muchos esfuerzos son necesarios también para mejorar la situación de la instrucción primaria y secundaria, tema bastante más complejo que el del caso universitario. Otra vez, sólo las Universidades podrían orientar adecuadamente una empresa semejante. Concluimos recalcando que si bien el desafío es de gran magnitud, nuestras Universidades están en condiciones de afrontarlo, por lo que resultaría casi criminal desaprovechar la posibilidad de lograr el futuro mejor que así sería alcanzable.■

“ Sabemos cómo convertir obstáculos en oportunidades. Somos generadores de cambio ”

**SACCONE ASOCIADOS**  
ESTUDIO DE MARKETING

CAPACITACIÓN PROFESIONAL | CONSULTORÍA COMERCIAL  
54+221.4847539 - info@estudiosacccone.com.ar  
www.estudiosacccone.com.ar